

*En aquel tiempo, dijo Jesús al gentío: «El reino de los cielos se parece también a la red que echan en el mar y recoge toda clase de peces: cuando está llena, la arrastran a la orilla, se sientan, y reúnen los buenos en cestos y los malos los tiran. Lo mismo sucederá al final del tiempo: saldrán los ángeles, separarán a los malos de los buenos y los echarán al horno de fuego. Allí será el llanto y el rechinar de dientes. ¿Habéis entendido todo esto?» Ellos le responden: «Sí». Él les dijo: «Pues bien, un escriba que se ha hecho discípulo del reino de los cielos es como un padre de familia que va sacando de su tesoro lo nuevo y lo antiguo». Cuando Jesús acabó estas parábolas, partió de allí.*

Las parábolas de Jesús siempre nos hablan desde la vida, y nos invitan a dar un paso más, más adelante, más adentro.

Podemos leer también la parábola de la red desde nuestro proceso personal de vida. En esa red de la vida vamos recogiendo muchas experiencias diferentes. Vividas desde Dios nos pueden ayudar a madurar, creciendo en sabiduría y discernimiento. Para esto es necesario que nos tomemos el tiempo, como los pescadores de la parábola, para poder seleccionar lo que sirve de lo que hay que descartar.

Hay situaciones que en un primer momento las vivo como algo negativo, y sin embargo el paso del tiempo me ayuda a ver en esa realidad algo que me invita a crecer. Normalmente las preguntas que recordamos de algún examen no son las que hemos respondido acertadamente, sino aquellas que no supimos responder y nos motivaron a seguir buscando.

En los acontecimientos de la vida, Dios también me habla. Dice el Evangelio que la Virgen María guardaba las cosas en su corazón y las meditaba. Pidamos a la Virgen el don de la contemplación de vida, y al Espíritu Santo el don de sabiduría, para saber sacar lo nuevo y lo antiguo, según sea oportuno, para ser más fieles, y para nuestra salvación.